

J. A. DE ZAMACOLA

HISTORIA DE LAS  
NACIONES BASCAS

ESCRITA EL AÑO 1818

BIBLIOTECA EGUZKIA  
SAN SEBASTIÁN

# I

## *Introducción*

Antes de entrar a referir los hechos que constan de las historias de los bascos, conviene prevenir a los lectores con las reflexiones siguientes.

Son tan confusas las nociones que nos han quedado de la historia del mundo primitivo y de los sucesos que pudieron ocurrir en el establecimiento, población y origen de nuestra España, que no es posible hacer demostrable ni un solo dato de aquellos tiempos; pues los poetas griegos que fueron los primeros historiadores de las naciones, llenaron de tantas fábulas y ficciones sus escritos, que la historia de los siglos primitivos de España más parece un bosque de espesuras y malezas impenetrables, que un monumento de instrucción para la juventud. †

Nuestros más antiguos escritores, San Isidoro, el Arzo-

bispo don Rodrigo, el Tostado y otros, apoyados en la autoridad de Flavio Josefo y San Jerónimo, admitieron a Tubal como primer patriarca y poblador de España, como a los ciento cuarenta y dos años después del diluvio universal, y haciendo continuar en sus hijos y sucesores el señorío y posesión de esta península hasta Habidis, último rey de los veintisiete de la descendencia de Tubal, como mil setenta años antes de la venida de Cristo: cuentan que por este tiempo o poco después sucedió el triste estrago de la sequedad de España.

Otros autores más modernos, negando la venida de Tubal a España, y presentando como reyes fabulosos a sus hijos y descendientes, han pretendido persuadir que el primer rey de España fué Tarsis, sobrino de Tubal, cuya venida dicen que fué quinientos treinta y cinco años después del diluvio, apoyando esta opinión que lisonjea el amor propio de los españoles, con la ficción de que esta península fué la cabeza y trono real de todo el Occidente, y origen, fuente y principio de la invención de toda la mitología de los egipcios, fenicios, griegos y romanos, no se han detenido en asegurar que todas estas naciones tomaron para sus figurados dioses a los monarcas y hombres célebres de España.

Semejantes libros, que mejor pueden llamarse sueños y visiones de los escritores que historias de naciones cultas, no han servido sino para deslumbrar las cabezas de algunos españoles incautos, que desean ver siempre los hechos de sus mayores bajo un aspecto grande y maravilloso; pero no pueden alucinar jamás a quien con ojos indiferentes lea y reflexione la historia de los primitivos siglos de España, en los monumentos que se han transmitido hasta nuestros días; y así es que el lector se convencerá bien presto en esta obra, que lejos de haber sido la primitiva España el emporio de grandes monarcas y el

origen del comercio, del lujo y de la corrupción de costumbres que figuran los poetas y los historiadores, fué desde su origen una nación pura, sencilla, virtuosa, agricultora y sábia en todas las instituciones.

No son menores los sueños que se han estampado por los historiadores españoles y franceses acerca de la nación llamada de los Celtas, de quienes dicen «que fueron los segundos extranjeros que entraron en España, los cuales no pudiendo mantenerse en la Galia Céltica, donde residían antes, se introdujeron por la ribera oriental del río Ebro, y de allí lentamente extendieron sus armas con sola su política por todas partes, hasta que uniéndose con los Iberos, fueron poco tiempo después conocidos unos y otros con el nombre de Celtíberos.» Pero como no era fácil que estos escritores pudiesen fijar la residencia de la nación Céltica en España como venida de la Galia, para dar a la ficción alguna apariencia de verdad, de aquí es que cada uno de los historiadores suponiendo a estas gentes como conquistadoras, las ha colocado allá donde su imaginación le sugería el lugar más acomodado, para salir de las dificultades que se le presentaban.

En efecto, apenas se encuentra un país en toda Europa donde los escritores no hubiesen colocado a los Celtas. Herodoto, príncipe de los historiadores, los pone en España más al occidente de las columnas de Hércules; Eforo, discípulo de Isócrates, dividiendo toda la tierra en cuatro partes, hace ocupar a los Celtas todo el occidente. Apiano Alejandrino, en las guerras púnicas de España, los pone en Italia. Dion Casio, en la historia romana, y Xiphilin, patriarca de Constantinopla, su compendiador, los pone entre Cantabria y Asturias. Estrabón, junto al río Betis, que es el actual Guadalquivir. Plinio, en la Bética y Lusitania. Ortelio, llamado el Ptolomeo de sus tiempos, y La Martiniere, en todos los países de Europa. El Padre

Maestro Fr. Enrique Flórez, en su «España Sagrada» los hace venir desde el Danubio hasta el Ana. Los historiadores franceses pretenden que los Celtas pasaron a España desde la Galia, esto es, del país situado entre el Rhin, el Pirineo y los Alpes, que perteneció en otros tiempos a los Gaulas, y hoy a los franceses. Y otros muchos historiadores y geógrafos quieren persuadir que los Celtas descienden de los Hebreos.

Estas opiniones, tan diferentes entre sí, ofrecen tanta crítica a los curiosos, que ellas mismas, sin más pruebas, están manifestando que no hubo jamás en España nación extranjera llamada de Celtas, sino que este nombre, peculiar de la lengua antigua del país, se dió a los primeros habitantes de los territorios llanos, para distinguirlos de los que ocupaban las montañas, y en esta inteligencia soy de sentir, que la voz «Zelaieta» del bascuence, que significa «paraje o región llana,» ha sido la causa que ha motivado toda la confusión que se advierte entre los historiadores.

Se dirá acaso que la diferencia entre las dos palabras Zelta y Zelaieta es demasiado visible para arrimarse a mi parecer, pero lo cierto es que si suprimimos las dos vocales *a* *i* de la segunda sílaba de Zelaieta, conforme al genio de la lengua basca, queda reducida esta palabra a la de Zeleta, y del mismo modo es muy probable que después, por el transcurso de los tiempos, o por el uso común de abreviar lo que se habla, hubiese venido a pronunciarse Zelta, como síncope o contracción de la palabra Zelaieta.

Una de las pruebas más claras de que las naciones Célticas de la Galia y la España no fueron extranjeras, es que los primeros historiadores que trataron de estas gentes, nada escribieron del país de donde salieron, ni de las leyes, usos, costumbres y lengua que trajeron, circuns-

tancias que no se les podía olvidar si ellos las hubieran considerado como naciones ambulantes o conquistadoras, esta fué sin duda la razón que hubo para que Polybio, Diodoro, Plutarco, Ptolomeo, Estrabón, Athaneo, Josefo y otros escritores de nota se hubiesen confundido entre sí, sin saber qué origen dar a estas naciones.

Los historiadores están conformes en que los Celtas ocuparon en las Gaulas todo el territorio que hay entre el Rhin, el Océano, el Pirineo y los Alpes, que es precisamente lo más llano de todo lo que hoy llamamos Francia. Lo están también en que los Celtas habitaron el terreno más llano de España, desde el origen del río Ana, siguiendo sus márgenes y las del Betis, hasta que se pierde en el Océano; luego parece que no debe quedarnos duda que estas gentes tomaron su nombre de la situación o terreno topográfico que ocupaban en los llanos, llamados en la lengua general que entonces se hablaba en una y otra región, Zelaietas, Zeletas o Zeltas.

Aún son todavía más reprehensibles los escritores españoles y franceses por la confusión que han introducido en la historia, atribuyendo a los bascos de Navarra las guerras sangrientas que tuvieron los reyes godos de España con los bascones de la parte de Cantabria, todo por la imperdonable manía de no querer jamás acercarse a examinar en la lengua bascongada el origen y significación de sus voces.

Verdad es que dijo Estrabón «que caminando al poniente por los lugares vecinos a Ilerda —hoy Lérida y Huesca— se hallaba Calahorra, ciudad de los bascos, y que sobre la Jaccetania hacia el septentrión habitaban los bascones, en los cuales estaba la ciudad de Pamplona.» Pero, ¿dijo acaso Estrabón que no había más bascos que estos en España? Nada de eso; ni menos puede ser una prueba de que no los hubiese, el no haber conocido los